

Robert Silverberg



**ROMA
ETERNA**



No hay ningún poder sobre la faz de la Tierra capaz de resistir la acometida del Imperio Romano. Así es, así ha sido y así será. Mediante la fuerza bruta, el terror y el impulso de una voluntad indomable, sus ejércitos han sometido a todo un mundo. Durante miles de años, desde el reinado de Maximiliano el Grande en el año 1203 a.u.c. hasta una nueva era de desarrollo científico y fascinantes avances tecnológicos, incontables enemigos y oportunistas han tratado de enfrentarse al Imperio, aunque solamente han conseguido morder el polvo bajo las botas implacables y despiadadas de Roma. Hay, sin embargo, un grupo de gente que sufre y que resiste en la sombra a lo largo de los muchos siglos de opresión, gente que sueña con el glorioso día, cada vez más cercano, en que los cielos se abrirán a ellos para que, sobre los barcos que preparan en secreto, protagonicen el gran Éxodo hacia las estrellas.

«Robert Silverberg ha sido un peso pesado en el campo de la ciencia ficción durante cincuenta años... Con Roma Eterna ha encontrado un argumento que se adapta perfectamente a su don: una ucronía construida sobre la premisa de que el Imperio Romano nunca cayó».

The New York Times Book Review.

A Frank y Renee Kovacs, para quienes gran parte de este libro es una historia ya conocida. Y con un agradecimiento especial, a Gardner Dozois, por el estímulo que, a lo largo de muchos años, brindó a este proyecto.

«Y no pongo a éstos [los romanos] ni frontera ni límite de tiempo: les he confiado un imperio sin fin».

Virgilio, La Eneida (1,278-279)

Advertencia sobre las fechas

La fecha tradicional que los historiadores asignan a la fundación de la ciudad de Roma es 753 a. C. Los historiadores romanos calculaban el tiempo a partir de ese hecho, designando tal o cual año *ab urbe condita*, o a. u. c. («desde la fundación de la ciudad»). Así pues, el año 1 d. C. sería 754 a. u. c, 1000 d. C. sería 1753 a. u. c, 1492 d. C. sería 2245 a. u. c. y así sucesivamente. Todas las fechas empleadas en este libro son a. u. c. y no deben confundirse con las fechas del sistema seguido en el mundo cristiano.

1203 a. u. c.

PRÓLOGO

El historiador Léntulo Aufidio, cuyo propósito era escribir una biografía definitiva del gran emperador Tito Galio, llevaba ya tres años investigando en los archivos imperiales de la Biblioteca Palatina. Cada mañana, seis días por semana, Aufidio ascendía penosamente por la colina desde sus dependencias cercanas al Foro, mostraba su tarjeta de identificación al guardián de los archivos y emprendía su exploración diaria de los grandes armarios en los que se guardaban los pergaminos relacionados con el reinado de Tito Galio.

Era una tarea monumental. Tito Galio, que había llegado al trono tras la muerte del desequilibrado Caracalla, gobernó Roma desde 970 hasta 994 y en ese período de tiempo reorganizó completamente el gobierno, que su predecesor había dejado en un estado lamentable. Algunas provincias fueron unificadas, otras se desmembraron, el sistema de impuestos se reformó, el ejército se disolvió y volvió a reconstruirse de arriba abajo para hacer frente a la creciente amenaza de los bárbaros del norte, y así con todo. Léntulo Aufidio sospechaba que tenía por delante dos o tres años más de estudio antes de que, por fin, pudiera empezar a escribir su obra.

Hoy se entregaría, como cada uno de los días de las dos semanas anteriores, a la inspección del armario 42, que albergaba los documentos relativos a la política religiosa de Tito Galio. Éste experimentaba una gran preocupación por

la manera en que los cultos místicos orientales (la adoración de Mitra, que había matado al toro sagrado, la diosa madre Cibeles, Osiris de Aegyptus) se estaban extendiendo por el Imperio. El emperador temía que, si se les permitía arraigar, estas religiones foráneas debilitarían el tejido del Estado; de manera que Tito Galio hizo lo posible por erradicarlas sin perder por ello la lealtad del pueblo llano que las profesaba. Fue una tarea delicada, cumplida sólo parcialmente en su época. Su sobrino y sucesor, el emperador Cayo Marcio, acometió su finalización instaurando el culto a Júpiter Imperator, tratando así de sustituir todas las religiones extranjeras.

Alguien más se encontraba ya trabajando en el armario 42 cuando llegó Aufidio. Después de unos instantes, reconoció al individuo como un viejo amigo y colega, Hermógenes Celer, originario de Trípoli, en Fenicia, que posiblemente era el erudito más eminente del Imperio en materia de religiones orientales. Los dos hombres se dieron un cálido abrazo y, ante la irritación de los bibliotecarios, empezaron en seguida a explicarse sus proyectos actuales.

—¿Tito Galio? —preguntó Celer—. Ah, sí, una historia fascinante.

—Y tú, ¿en qué andas?

—Los hebreos de Aegyptus —contestó Celer—. Una comunidad notable. Eran descendientes de una tribu nómada del desierto.

—Prácticamente no sé nada sobre ellos —dijo Aufidio.

—¡Pues deberías saber, deberías! —dijo Celer—. ¡Si las cosas les hubieran ido de otra manera, nadie puede decir el rumbo que nuestra historia habría seguido...!

—Por favor, caballeros, por favor —les rogó uno de los bibliotecarios—. Aquí hay investigadores tratando de hacer su trabajo. Si necesitan conversar, disponen de una sala en el exterior.

—Seguiremos hablando después —dijo Aufidio, y acordaron verse para almorzar.

Cuando volvieron a reunirse, Celer monopolizó la conversación con sus relatos sobre sus hebreos y de poco más se habló durante el almuerzo. En especial, Celer habló de la ardiente creencia de ese pueblo en un único y majestuoso dios, lejano y severo, que había decretado para ellos un complicado conjunto de leyes que lo abarcaba todo, desde la forma en que debían dirigirse a él (estaba prohibido mencionar su nombre), hasta los alimentos que podían ingerir y en qué días de la semana.

Debido a la naturaleza tan terca y difícil de esta tribu — le explicó Celer—, frecuentemente se veían envueltos en conflictos con sus vecinos. Habiendo conquistado una gran parte del territorio de Siria Palaestina, estos hebreos (que también se denominaban a sí mismos israelitas), fundaron allí un reino. Sin embargo, finalmente, cayeron bajo el yugo de los egipcios y fueron hechos esclavos en la tierra de los faraones. Este período se prolongó cientos de años. Pero Celer le reveló a Léntulo que había identificado un momento crucial en la historia de los hebreos, unos diecisiete siglos atrás, cuando un caudillo carismático llamado Moisés (*Moshé* en su lengua) había intentado conducir a su pueblo en un gran éxodo fuera de AEgyptus y regresar a sus antiguos territorios en Palestina, la cual consideraban la patria eterna que su dios les había prometido.

—¿Y qué ocurrió entonces? —preguntó cortésmente Aufidio, aunque el relato no le interesaba demasiado.

—Bueno —contestó Celer—, este gran éxodo suyo fue un fracaso terrible. Moisés y la mayoría de los demás líderes murieron y los hebreos supervivientes volvieron a ser esclavos en AEgyptus.

—No acabo de ver...

—¡Ah, pero yo sí! —exclamó Celer, y su rostro rechoncho y pálido se encendió con el ardor de la erudición—. ¡Piensa en las posibilidades, querido Aufidio! Imagínate que los hebreos llegan a Siria Palaestina. Supon que se establecen con carácter permanente en aquel semillero de

fertilidad mística y cultos heredados. Después, muchos años más tarde, alguien combina el feroz celo religioso de los hebreos con alguna creencia autóctona de los palestinos en el más allá y la resurrección, derivada de los misterios de Osiris que celebraban los antiguos egipcios. Nacería así una nueva religión bajo un nuevo profeta invencible, no en el remoto Aegyptus sino en una provincia del Imperio romano, mucho más cercana al núcleo de la civilización. Y justamente, debido a que Siria Palaestina en ese tiempo es una provincia del Imperio romano y los ciudadanos romanos se desplazan con libertad de un distrito a otro, ese culto se propaga hasta la misma Roma, de la misma manera que lo han hecho otros cultos orientales.

—¿Y? —preguntó Aufidio, perplejo.

—Y se expande por todo el mundo, como Cibele, Mitra y Osiris no fueron capaces de hacer. Sus profetas predicaban un mensaje de amor y reparto universal de todos los recursos, especialmente esto: el reparto de la riqueza. La propiedad sería un bien común. Los pueblos pobres del Imperio acuden en hordas a las iglesias de este culto. Todo se trastoca. El propio emperador se ve forzado a reconocer ese culto (a profesarlo él mismo, quizá, por razones políticas). Esta religión llega a dominarlo todo y los pilares de la sociedad romana se debilitan por la superstición hasta que el Imperio, consumido por la nueva filosofía, es derrocado por los bárbaros, quienes siempre permanecen al acecho en las fronteras.

—Exactamente lo que Tito Galio luchó por impedir.

—Sí. En consecuencia, en mi nuevo libro hablo de un mundo en el que ese éxodo hebreo tuvo éxito, en el que acabó naciendo esa nueva religión que, fuera de todo control, se expandió por todo el Imperio.

—Bueno —intervino Aufidio, reprimiendo un bostezo—, en cualquier caso todo eso es pura fantasía. Nada de eso ocurrió, después de todo. Y, has de admitirlo, Celer, nunca podría haber ocurrido.

—Quizá sí, quizá no. Me resulta muy estimulante especular sobre tales posibilidades.

—Sí —dijo Aufidio—. No tengo ninguna duda de que así te lo parezca. Pero por lo que a mí respecta, prefiero ocuparme de los hechos tal como son en realidad. Ningún culto semejante se infiltró en nuestra amada Roma y el Imperio es sólido y responsable. Agradecemoselo al ilusorio Júpiter o a cualquier otra deidad en la que te apetezca creer. Y ahora, si lo deseas, me gustaría revelarte algunos descubrimientos que he hecho referentes a las reformas tributarias del emperador Tito Galio.

1282 a. u. c.

CON CÉSAR EN LAS CATACUMBAS

El recién llegado embajador del emperador oriental era bastante más joven de lo que Fausto se había imaginado. Se trataba de un individuo más bien menudo, de complejión elegante, bastante apuesto y de maneras casi afeminadas. Pero resultaba obvio que era muy competente y perspicaz, alguien que resistiría un examen más minucioso. Había algo un tanto inquietante en él, aunque no a primera vista. El embajador poseía la impenetrabilidad de una magnífica coraza. Su aire de sofisticación y fastidiosa languidez, emparejado con una fuerza latente, hacía que Fausto, hombre alto y de rostro rubicundo, cintura ancha y no muy abundante cabellera, se sintiera, a su lado, decididamente plebeyo y ordinario, a pesar de su propio abolengo noble y destacado.

Aquella mañana, Fausto, cuya tarea en calidad de funcionario de la cancillería consistía en dar la bienvenida a los visitantes importantes que recibía la capital, partió hacia Ostia para encontrarse con el embajador en el muelle imperial (el enviado griego, que había llegado a Sicilia, había navegado luego hacia el norte costeano desde Neápolis, en el sur), y le escoltó hasta su alojamiento en el antiguo Palacio Severino, donde se hospedaban los embajadores que procedían de la mitad oriental del Imperio y que muy esporádicamente llegaban de visita. Ahora había llegado el momento de tener un primer contacto. Los dos estaban cara a cara, sentados frente a una mesa de ónix en el Segun-

do Salón de Columnas, el cual había sido transformado, varios reinados atrás, en una sala de dimensiones un tanto desproporcionadas. En ese punto se requería cierta dosis de cháchara social. Fausto pidió un poco de vino, uno de los selectos y elegantes caldos procedentes de la Galia Transalpina.

Después de que los dos lo paladearan unos instantes, Fausto, tratando de abordar la parte más peliaguda del encuentro de forma franca y directa, apuntó:

—Desafortunadamente, el príncipe Heraclio ha sido requerido sin previo aviso en la frontera norte. Así pues, se ha cancelado la cena de esta noche, lo que le supondrá una velada a su libre disposición; tendrá así la oportunidad de descansar tras su largo viaje. Confío en que esto no le contraríe de ninguna forma.

—Ah... —empezó el griego mientras sus labios se fruncían un instante. Resultaba obvio que se sentía un poco perplejo ante el hecho de que le hubieran dejado solo de ese modo durante su primera noche en Roma. Observó la manicura perfecta de sus dedos y, al levantar la vista, sus ojos oscuros mostraron un leve destello de inquietud—. Así pues..., ¿tampoco podrá recibirme el emperador?

—El emperador se encuentra muy mal de salud. No le resultará posible verle esta noche y quizá tampoco durante varios días. El príncipe Heraclio ha asumido muchas de sus responsabilidades. Sin embargo, durante la inesperada e inevitable ausencia del príncipe, el anfitrión y compañero de su excelencia en estos primeros días será su hermano menor, Maximiliano. Estoy convencido de que lo encontrará divertido y realmente encantador, mi señor Menandros.

—Al contrario que su hermano, deduzco —anotó el embajador griego con frialdad.

Deducción demasiado cierta, pensó Fausto, pero demasiado directa. Fausto se preguntó las razones de tal descortesía. Después de todo, Menandros había ido allí para negociar un matrimonio entre la hermana de su soberano y el

príncipe de quien acababa de hablar con tanta ligereza. Cuando un diplomático tan brillante como aquel griego tan sutil dice algo tan brutalmente poco diplomático, suele haber una razón de peso detrás. Quizá, pensó Fausto, Menandros estaba simplemente mostrando su irritación por el hecho de que el príncipe Heraclio, sin tacto alguno, se las hubiera arreglado para no darle la bienvenida en persona a su llegada a Roma.

No obstante, Fausto no iba a dejarse llevar y aventurarse en el terreno de las especulaciones. Se permitió una sonrisa sesgada, del tipo vago e indirecto que había aprendido de su amigo, el cesar Maximiliano.

—Los dos hermanos poseen personalidades bastante diferentes, en efecto. ¿Tomará un poco más de vino, excelencia?

Eso provocó un nuevo cambio de tono.

—Ah, nada de formalidades, te lo ruego. Seamos amigos. —Y entonces, inclinándose hacia adelante con un gesto de confianza y cambiando el discurso formal por otro más íntimo, dijo—: Llámame Menandros; yo te llamaré Fausto, ¿de acuerdo, amigo mío? Y sí, más vino, por supuesto. ¡Qué excelente caldo! No tenemos nada que pueda compararsele en Constantinopla. ¿De qué vino se trata, por cierto?

Fausto lanzó una mirada a uno de los sirvientes, que rápidamente volvió a llenar los cuencos.

—Es un vino de la Galia —respondió—. Se me ha olvidado el nombre.

Un fugaz destello de inequívoco disgusto atravesó el rostro del griego. Lo disimuló con rapidez, pero no la suficiente. Haber sido pillado elogiando un vino de provincias en tales términos debió de avergonzarlo. Sin embargo, ésa no había sido la intención de Fausto. No había nada que ganar haciendo que un personaje tan poderoso, y potencialmente valioso, como el señor embajador oriental ante la corte de Occidente se sintiera incómodo.

La cosa se estaba poniendo cada vez peor. Fausto se apresuró a tratar de suavizar lo violento de la situación.

—El centro de nuestra producción se halla ahora en la Galia. Las bodegas del emperador apenas contienen algunos vinos italianos, me cuentan. ¡Muy pocos! Estos tintos galos son de lejos los preferidos de su majestad imperial, os lo aseguro.

—Tengo que adquirir pues algunos de ellos durante mi estancia aquí, para las bodegas de su majestad Justiniano —dijo Menandros.

Bebieron en silencio durante un momento. Fausto se sintió como haciendo equilibrios sobre el filo de una espada.

—Creo que ésta es tu primera visita a la ciudad de Roma, ¿no es así? —preguntó Fausto, cuando el silencio empezaba a prolongarse. También él empleó el tratamiento familiar, ahora que Menandros había empezado a hacerlo.

—Mi primera visita, sí. La mayor parte de mi carrera se ha desarrollado en AEgyptus y Siria.

Fausto se preguntó cuan larga podría ser aquella carrera. Menandros no parecía tener más de veinticinco años, treinta a lo sumo. Por supuesto, todos esos griegos de ojos oscuros y fina tez, con el lustre de los aceites y los ungüentos propios de sus costumbres orientales, tendían a parecer más jóvenes de lo que eran en realidad. Y ahora que Fausto había rebasado la cincuentena, establecer de manera precisa distinciones de edad le resultaba cada vez más difícil. Todos los que le rodeaban en la corte le parecían terriblemente jóvenes, no eran más que una pandilla de muchachos. De aquellos que habían gobernado el Imperio cuando Fausto era joven, no quedaba nadie, a excepción del emperador, agotado, solitario y viejo. De la generación de cortesanos de la época de Fausto, algunos habían muerto y los demás se habían marchado a un cómodo retiro bien lejos de allí. Fausto era una docena de años mayor que su propio ministro superior en la cancillería. Su amigo más ínti-

mo allí era ahora Maximiliano César, que tenía menos de la mitad de su edad. Desde el principio, Fausto se había visto a sí mismo como una reliquia de alguna era pretérita, porque eso es lo que era, habida cuenta de que pertenecía a una familia que había ocupado el trono tres dinastías atrás. Sin embargo, todo ello había adquirido para él un nuevo y severo matiz en los últimos días; ahora que había sobrevivido no sólo a la grandeza de su familia sino a sus propios contemporáneos.

Era un poco desconcertante que Justiniano hubiera enviado a un embajador tan joven y aparentemente inexperto para tan delicada misión. Pero Fausto sospechaba que sería un error subestimar a aquel hombre. Por lo menos, el que Menandros no conociera la capital le proporcionaba una conveniente oportunidad para atenuar cualquier dificultad que la intempestiva ausencia del príncipe Heraclio pudiera originar en los próximos días.

Fausto dio unas teatrales palmadas.

—¡Cómo te envidio, amigo Menandros! ¡Contemplar la ciudad de Roma en todo su esplendor por primera vez! ¡Qué inolvidable experiencia será para ti! Los que hemos nacido aquí, los que consideramos todo esto normal no sabemos apreciar las cosas en su justo valor, como lo harás tú. La grandeza. La magnificencia.

«Sí, eso es —pensaba Fausto—. Dejemos que Maximiliano le lleve a recorrer la ciudad de punta a punta hasta que regrese Heraclio. Le deslumbraremos con nuestras maravillas y, después de un tiempo, se olvidará de cuan descortésmente le ha tratado Heraclio».

—Mientras aguardas el regreso del cesar, te organizaremos los mejores y más completos itinerarios. Los baños... el Foro... el Congreso... los palacios... los maravillosos jardines...

—Las grutas de Tito Galio —apuntó Menandros inesperadamente—. Los templos y sepulcros subterráneos. El mercado de los hechiceros. Las catacumbas de las sagradas

rameras caldeas. La pila de los baptaj^[1]. El laberinto de las ménades. Las grutas de las brujas.

—Ah, ¿de manera que también conoces todos esos lugares?

—¿Quién no ha oído hablar del mundo subterráneo de la urbe de Roma? Se habla de ello en todo el Imperio.

Y en un instante, aquella brillante apariencia acorazada pareció desvanecerse, así como todo su inquietante aplomo. En los ojos de Menandros podía apreciarse ahora algo bastante diferente, una avidez completamente fuera de toda previsión, un abierto entusiasmo propio de un muchacho. Y también cierta picardía, una insinuación de apetitos bajos y ordinarios que contradecían su pátina urbana. Con tono suave y confidencial, añadió:

—¿Puedo confesarte algo, Fausto? La magnificencia me aburre. Tengo cierta inclinación por la vida mundana. Todos esos chismes por los que Roma es tan famosa, las oscuras y sórdidas entrañas de la ciudad, las rameras y los magos, las orgías y los espectáculos insólitos, los mercados de ladrones, los santuarios misteriosos de vuestros extraños cultos... ¿Te escandalizo, Fausto? ¿Estoy siendo muy poco diplomático al admitir esto? No necesito una gira por los templos, pero mientras disponemos de algunos días antes de ponernos a trabajar en asuntos serios, lo que quiero ver es la otra cara de Roma, su lado secreto y oscuro. Nosotros tenemos ya suficientes templos y palacios en Constantinopla, y baños y todas esas cosas. Millas y millas de glorioso mármol brillante hasta caer de rodillas pidiendo clemencia. Sin embargo, los verdaderos misterios subterráneos, las cosas mundanas, sucias, malolientes que se esconden bajo la superficie, ah..., no, y, Fausto, éstas son las que de verdad me interesan. Nosotros, en Constantinopla, las hemos erradicado todas. Allí se las considera cosas peligrosas y decadentes.

—Sí, aquí también —dijo Fausto tranquilo.